

La patria interior

Margarita Valencia

«Ahora que ya nos hemos visto», dijo el unicornio,
«podríamos hacer un trato: si tú crees en mí, yo creeré en ti».

Lewis Carrol: *A través del espejo*

En un valioso ensayo publicado a comienzos de la década de 1970, Hernando Valencia Goelkel declaró oficialmente que la literatura latinoamericana, amamantada por el modernismo y llevada de la mano de Borges, había alcanzado por fin la mayoría de edad, un estadio feliz de «irresponsabilidad y espontaneidad [que], como todas las notas que apuntan hacia una madurez de nuestras letras, son expresiones de una libertad inédita». Despojada del «embeleco de la autenticidad», nuestra literatura se preparaba para «la autonomía temática y la libertad interior» y para el juego y la ironía¹.

La literatura latinoamericana no iba sola en su camino de exploración. *It was the best of times, it was the worst of times*, y en ese verano feliz de nuestro descontento, había que salir a cambiar el mundo entre nubes de marihuana, panfletos políticos y la certeza de la inmortalidad: «Desde algún lugar, al este o al oeste, una ojiva nuclear apuntaba al patio de mi casa, y una elección correcta en esas circunstancias era organizar una célula guerrillera, fundar un grupo de rock o ponerse una gota de LSD en la lengua y salir de viaje por el parque»².

Quizás fueron las ojivas nucleares, o quizás fue la elevación de la adolescencia al pedestal de la idolatría: el caso es que esta generación resultó dotada con una muy particular sensación de poderío que los llevó a auto-proclamarse salvadores de la humanidad. Desde su irresponsable y maravillosamente arrogante perspectiva, todo estaba mal en el mundo que, ren-

¹ H. Valencia Goelkel, «La mayoría de edad», en *El arte viejo de hacer novelas*, Bogotá: Espasa, 1999.

² R. Rubiano Vargas, «Bogotá 1972. Vamos a matar al dragoneante Peláez», en *Vamos a matar al dragoneante Peláez*. Bogotá: Espasa, 1999.

dido a los pies de la juventud, esperaba mansamente a que lo renovaran. Y en el centro de ese mundo que hasta entonces había dado tan malos pasos, estaba América Latina, cuna del hambre y de la desigualdad social, de Fidel y del Che Guevara, de Salvador Allende, de los tupamaros y de los montoneros, de Pinochet y de Videla; y también, cómo no, de los Buendía, del patriarca y de todas las demás olvidables novelas de dictadores, del Jaguar y del Sargento Lituma, de pájaros nocturnos y obscenos: el *boom*.

La necesidad de sacar el mayor partido posible a este exuberante cuarto de hora hizo que, amparados en lo que Valencia Goelkel llama la pirotecnia editorial de la época, cualquier escritor latinoamericano medianamente vendible en otras latitudes acabara formando parte del *boom*, muy al margen de sus afinidades cronológicas e intelectuales (Rulfo es quizás el ejemplo más evidente).

Pero más temprano que tarde la efervescencia se apaciguó y los reflectores empezaron a apuntar a otras latitudes más desoladas aún³. La vanguardia latinoamericana se convirtió en el establecimiento y el realismo mágico se volvió una excusa pobre para gobiernos ineficientes. En el camino, dejamos de ser América Latina. La fabulosa hermandad de los sesenta se disolvió y con ella la sensación de abundancia literaria que marcó la época: el *boom* resultó ser uno de esos casos (como el ruidoso nadaísmo)⁴ en el que la suma de las partes es mucho más excitante que sus componentes individuales y sospecho que no alcanzan a ser diez los libros que se salven del colapso. (Aunque, hay que decirlo, cuando finalmente amaine la barahunda, tendremos entre manos más libros importantes de los que haya producido el subcontinente en toda su historia).

«La amistad acaba con el sentido crítico», sentencia uno de los personajes de *Los detectives salvajes* del chileno Roberto Bolaño; Roberto Rubiano, su contemporáneo colombiano, lo complementa con un poco más de crudeza: «La única posibilidad para la literatura es que desaparezcan los

³ El boom latinoamericano surgió en parte del cansancio de la narrativa europea, que no logró recuperarse después de la guerra. Era la gran oportunidad de las colonias y todas han tenido su turno: América Latina, África, India y, últimamente, Irlanda. Pero la literatura de corte «étnico» también parece agotada y se abre el gran interrogante sobre el sendero que escogerán las vanguardias literarias en el próximo milenio.

⁴ En el Manifiesto nadaísta (aparecido en Medellín en 1958), Gonzalo Arango explicó así las aspiraciones de su movimiento: «El nadaísmo, en un concepto muy limitado, es una revolución en la forma y en el contenido del orden espiritual imperante en Colombia. Para la juventud es un estado esquizofrénico-consciente contra los estados pasivos del espíritu y la cultura. [...] La lucha será desigual considerando el poder concentrado de que disponen nuestros enemigos [...] Ante empresa de tan grandes proporciones, renunciamos a destruir el orden establecido. Somos impotentes. La aspiración fundamental del nadaísmo es desacreditar ese orden».

egos»⁵, dice con rabia un personaje de uno de sus cuentos, un editor pirata con rezagos ideológicos de otra época, y no lo dice por decirlo. Esta nueva generación de escritores vio cómo sus predecesores morían aplastados, en palabras de Eduardo García Aguilar, «en el sandwich delirante de veneraciones ciegas y su existencia como tal aplazada hasta el siglo XXI»⁶. El ensayista, quien le rinde homenaje a esta generación –la primera verdaderamente moderna de narradores colombianos– en su antología *Veinte ante el milenio*, añade lo siguiente: «...el vendaval del boom narrativo latinoamericano centró de repente la mirada en los grandes mandarines del movimiento durante tres décadas y dejó a esta nueva generación de narradores en una especie de purgatorio del que aún no salen».

Insegura de su herencia y de su peso específico, esta generación de transición cuenta con narradores espléndidos, a ninguno de los cuales lo ha favorecido la suerte. Los puentes se levantaron cuando apenas despegaben y la ilusión de una puerta abierta al mundo se desplomó sobre ellos. Se quedaron encerrados en un país que, a pesar del «corto sueño de la revista *Mito*»⁷, en realidad nunca logró salir de su marasmo provinciano.

La dificultad de cada nueva generación para romper con las fórmulas se refleja significativamente en el reciente reconocimiento internacional de dos figuras que, a pesar de la diferencia de edades, pertenecen a esa generación: Álvaro Mutis (1923) es coetáneo de García Márquez y de la generación de la revista *Mito*, pero llegó a la notoriedad narrativa apenas a finales de los ochenta, de la mano de un personaje, Maqroll el Gaviero, «púber eterno que desde las aguas de la modernidad y con la desesperanza como norte cumple un itinerario sin sueño ni destino»⁸. No es de sorprenderse que su tono sentencioso, enmarcado en un escenario exótico cualquiera, haya tenido tanto éxito en saciar la nostalgia de las épocas doradas del *boom*. Otro tanto se puede decir de Laura Restrepo (1950), cuya obra se nutre en partes iguales de la miseria social y del garciamarquismo.

⁵ Rubiano, op. cit., pág. 142.

⁶ E. García Aguilar (compilador), *Veinte ante el milenio*. Bogotá: Presidencia de la República, 1996, pág. X. La antología incluye a narradores tan importantes como Germán Espinosa, Rafael Humberto Moreno Durán, Fernando Cruz Kronfly, Óscar Collazos, Fanny Buitrago y Ricardo Cano Gaviria.

⁷ La revista *Mito*, alrededor de la cual se congregaron escritores como Pedro Gómez Valderrama, Valencia Goelkel y los poetas Gaitán Durán y Cote Lamus, quiso, me parece, acabar de una vez por todas con el embeleco de la gran cultura nacional (liderada por la «Atenas suramericana») y despertar al país de su cómoda somnolencia provinciana. El hecho de que aún hoy intelectuales y políticos dediquen páginas y páginas a hablar del problema de la imagen de Colombia en el exterior habla mal de lo que efectivamente lograron hacer.

⁸ L. Mery Giraldo, «Narrativa colombiana de fin de siglo: entre la utopía y el vacío (1970-1996)», en *Crítica y ficción. Una mirada a la literatura colombiana contemporánea: Editorial Magisterio*, 1998.

Pero el mundo sigue su marcha (aunque casi siempre a la zaga de la literatura). Mientras que hace apenas veinte años Rojas Herazo le contaba a Onetti que «en su patria no existía ninguna editorial; que los autores debían llevar sus libros a la imprenta, pagar la edición y enfrentarse después con el fantasma de la distribución. Fantasma imposible de exorcizar»⁹, hoy podemos afirmar sin sonrojarnos que en el país ya hay editores y, sobre todo, industria editorial¹⁰ (y eso es algo que en toda América Latina le debemos al *boom*).

O al menos eso es lo que indican las cifras, aunque todos sabemos que los números son la forma más precisa de mentir. La verdad es que si comparáramos la cantidad de libros publicados en las últimas dos décadas con la cantidad de libros que merecen permanecer en los anaqueles, nos daríamos cuenta de que en América Latina se publica demasiado de lo que no toca –en palabras de Onetti, «docenas y docenas de libros sobre la vida tal cual es»¹¹ que exigen de los lectores un mínimo de cultura y de esfuerzo y que fueron escritos por «seres repugnantes con experiencias igualmente repelentes»– y demasiado poco de lo que toca.

Para lograr un mapa más exacto de lo que sucede en el país, tendríamos que añadir la escasez de buenos libros y la insuficiencia de bibliotecas públicas; la infelicidad de los escritores, que justamente claman por un poco de atención y afecto; y el radical desconocimiento de lo que escriben nuestros vecinos de continente y hermanos de lengua (aunque más bien logramos, unos más, otros menos, mantenernos al día con lo que se publica en Europa y en Estados Unidos). En resumidas cuentas: los nuevos escritores colombianos no han corrido con mejor suerte que sus antecesores. Se han visto obligados a buscar una voz y un espacio en medio de la estrechez general, aislados de sus compañeros de infortunio y doblegados por una realidad tan aplastante que no deja espacio ni para la irresponsabilidad ni para el juego.

Sobra decir que la culpa no es toda de los padres: parecería como si las cargas vinieran desaparejas desde siempre, como lo pone en evidencia

⁹ J. C. Onetti, «Reflexiones de un congresista», en *Confesiones de un lector*, Madrid, Alfaguara, pág. 52.

¹⁰ Mientras que en 1996 en Argentina se publicaron 3208 títulos nuevos (para un total de 12.572.943 volúmenes) de literatura adulta (que incluye la narrativa), en Colombia se publicaron en el mismo año 215 títulos nuevos (1.287.816 volúmenes), en Ecuador, 11 (136.676 volúmenes), en Perú, 370 (1.484.391 volúmenes) y en México, 404 (no hay datos sobre número de ejemplares). No está nada mal. Estas cifras provienen de la revista del Cerlalc, *El libro en América Latina y el Caribe, julio-diciembre de 1998, dedicado a las estadísticas de la comercialización y producción del libro en América Latina*.

¹¹ J. C. Onetti, «Reflexiones de un lector», en *ibid.*, pág. 35.